

OCTAVIO.—¿Qué pensáis hacer?

BUTLER.—Permitid que me quede en Pilsen con mi regimiento.

OCTAVIO.—Tengo en vos confianza. Decidme, sin embargo, cuáles son vuestros proyectos.

BUTLER.—Los hechos lo dirán. No me preguntéis más. Fiáos de mí. Podéis hacerlo, ¡por Dios Santo! No lo dejáis aquí en manos de su buen ángel. Adiós.

UN CRIADO. (Con un billete.)—Lo ha traído uno, á quien no conozco, que desapareció en seguida. Los caballos del Príncipe están abajo ya. (Vase.)

OCTAVIO. (Leyendo.)—«Partid sin tardanza.—Vuestro fiel ISOLANI.» Ojalá que esta ciudad estuviera ya lejos de mí. Tan cerca del puerto, ¿había de naufragar? ¡Vámonos, vámonos! Ya no hay aquí seguridad para mí. Pero ¿en dónde está mi hijo?

ESCENA VII.

Los dos PICCOLOMINI.

MAXIMILIANO. (Que se acerca profundamente agitado; sus miradas son feroces, incierto su paso; parece como que no repara en su padre, que lo mira desde lejos con lástima. Recorre el aposento dando grandes pasos, hasta que se pára y se arroja en una silla, distraído y con la vista fija.)

OCTAVIO. (Acercándose á él.)—Yo parto, hijo mío. (No recibiendo respuesta alguna, le toma una mano.) Hijo mío, ¡adiós!

MAXIMILIANO.—¡Adiós!

OCTAVIO.—¿Me seguirás sin tardanza?

MAXIMILIANO. (Sin mirarlo.) ¿Yo á tí? Tu senda es torcida, la mía no. (Octavio suelta su mano y retrocede.) ¡Oh! si tú hubieras sido verdadero y probo, no hubiésemos llegado á

este punto, y las cosas irían de otra manera. Él no hubiese apelado á tan terrible extremo; los buenos lo hubieran contenido, y no cayera en las redes de los perversos. ¿Por qué, espíandolo en secreto y con doblez, te has deslizado junto á él como lo hubiera hecho un malhechor, ó un cómplice de malhechores? ¡Malaventurada falsedad, madre de todo mal! Tú no traes más que desdichas, no acarreas más que ruina. La franqueza, sin disfraces de ningún género, dominadora del mundo, nos hubiese salvado á todos. No puedo, no puedo disculparte, oh padre. El Duque me ha engañado horriblemente, y tú no me has tratado mejor.

OCTAVIO.—Yo perdono, hijo mío, tu dolor.

MAXIMILIANO. (Que se levanta y lo contempla con desconfianza.)—¿Será posible, oh padre? ¿Será, oh padre, posible, que deliberadamente hayas llegado á tal extremo? Su caída es tu pedestal. Esto no me agrada, oh padre.

OCTAVIO.—¡Dios del cielo!

MAXIMILIANO.—¡Ay de mí! El orden natural no existe ya para mí, sino sólo el caos. ¿Cómo no ha de deslizarse la sospecha en mi alma virgen? La confianza, la fe, la esperanza no existen ya para mí, porque me ha engañado lo que más estimaba. ¡No, no! ¡Todo no! Ella vive para mí todavía, y es sincera y pura como el cielo. En rededor mío veo tan sólo el engaño, la hipocresía, el asesinato, el veneno, la envidia y la traición. Sólo nuestro amor es puro; él sólo no ha sido profanado aún.

OCTAVIO.—Maximiliano, sígueme voluntariamente. Esto será lo mejor.

MAXIMILIANO.—¿Cómo? ¿Antes de despedirme de ella? ¿De darle el último adiós?... ¡Jamás!

OCTAVIO.—Evita los tormentos de esa separación, de todo punto necesaria. ¡Ven conmigo! ¡Vente, hijo mío! (Quiere llevárselo.)

MAXIMILIANO.—No, tan verdad como Dios existe.

OCTAVIO. (Instándole vivamente.)—¡Ven conmigo! ¡Yo, tu padre, te lo mando!

MAXIMILIANO.—Mándame lo que el hombre pueda hacer. Yo me quedo.

OCTAVIO.—Sígueme, Maximiliano; yo te lo mando en nombre del Emperador.

MAXIMILIANO.—El Emperador no manda en mi corazón. ¿Querrás tú arrebatarme también su compasión, único bien que me deja mi desventura? ¿Lo que es horrible en sí, ha de agravarse aún más? ¿Mi resolución inexorable ha de trocarse en hajeza? ¿He de separarme de ella en secreto, y huyendo cobardemente, como un hombre indigno? Ha de conocer mis sufrimientos, mi dolor; oír los ayes de mi alma desgarrada, y derramar lágrimas por mí... ¡Oh! los hombres son crueles, ella un ángel. Librará á mi pecho de rabiosa y horrible desesperación, y, misericordiosa, aliviará mi mortal agonía con palabras de consuelo.

OCTAVIO.—No te separarás de ella, no podrás hacerlo. ¡Vente, hijo mío, vente y salva tu virtud!

MAXIMILIANO.—No profieras palabras inútiles. Sigo los impulsos de mi corazón, porque sólo de él me fio.

OCTAVIO. (Fuera de sí y temblando.)—¡Maximiliano, Maximiliano! Si me asalta la horrible calamidad de que tú... mi hijo... mi propia sangre... ¡no me atrevo á pensarlo!... cometes tal infamia, y deslustres la limpia fama de nuestra casa, el mundo contemplará nefando espectáculo, y en lucha pavorosa la sangre del padre correrá bajo la espada del hijo.

MAXIMILIANO.—¡Oh! Si hubieses pensado mejor de los hombres, hubiera sido tu conducta más loable. ¡Maldita sospecha! ¡Duda lamentable! Nada hay para ella estable ni firme; todo vacila, si la fe falta.

OCTAVIO.—Y si yo me fio de tu corazón, ¿estará en tu mano obedecerlo siempre?

MAXIMILIANO.—Tú no has logrado doblegarlo, y tampoco podrá el Duque conseguirlo.

OCTAVIO.—¡Oh Maximiliano! Ya no te veré más.

MAXIMILIANO.—Indigno de tí, ¡nunca!

OCTAVIO.—Yo voy á Frauenberg, y dejo aquí, para protegerte, los soldados de Pappenheim, de Lorena, de Toscana y de Tiefenbach. Te aman y son fieles, y preferirán morir peleando, á separarse de su jefe y de la senda del honor.

MAXIMILIANO.—Descansa, pues; ó dejo aquí la vida combatiendo, ó lo saco de Pilsen.

OCTAVIO. (Haciendo ademán de marchar.)—¡Adiós, hijo mío!

MAXIMILIANO.—¡Adiós!

OCTAVIO.—¿Cómo? ¿Ni una mirada afectuosa, ni estrechar mi mano al despedirnos? Sangrienta será la guerra que nos amenaza, y su término oscuro ó incierto. Así no nos separábamos antes. ¿Es, pues, verdad que yo no tengo ya hijo? (Maximiliano se arroja en sus brazos; ambos se abrazan estrechamente en silencio, y después se alejan en dirección opuesta.)